LAS DEPORTIVAS DE JUAN

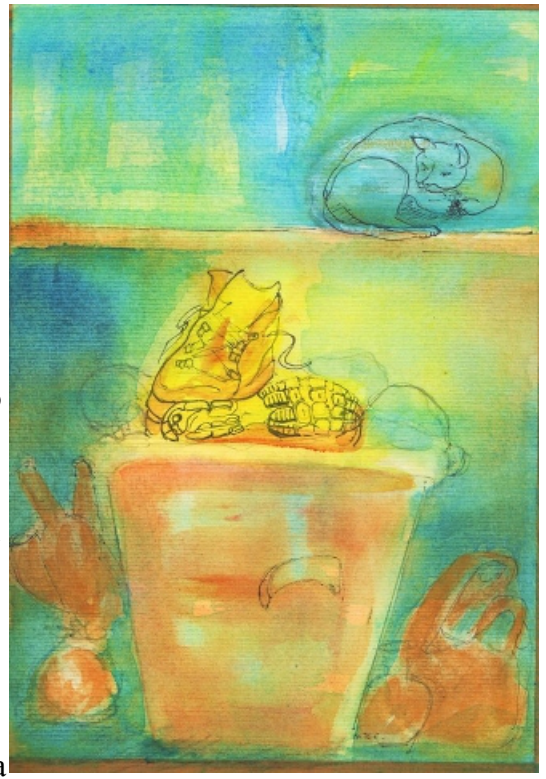
Asja Olga Schalekamp

Para niños y niñas de 6 años. Escrito por Asja Olga Schalekamp con ilustraciones de Muriel Ten Cate. Hay más cuentos de Asja Schalekamp.
Copyright: Asja Schalekamp 2011 y digiboeken.org/paraplu producties, info@digiboeken.org
Copyrights Junio 2011: Texto: Asja Olga Schalekamp. descargas y compras: WWW.digiboeken.org/P.P.

LAS DEPORTIVAS DE JUAN

Había una vez un niño muy mimado, pero que muy mimado. Se llamaba Juan. Sus papás se ganaban bien la vida y le podían dar todos los caprichos. Y caprichoso era un rato. Pero también era muy vago. Todo se lo hacía su mamá; hasta atarse los cordones le daba pereza. Al colegio no le gustaba ir. Esto de estudiar le parecía una pérdida de tiempo. Él quería ser un hombre muy importante, un hombre de negocios como su papá y ganar mucho dinero.

Una mañana, al despertarse, llamó a su madre.



-¡Mamá, mamá¡

Su mamá vino corriendo. Se pensó que le había pasado alguna cosa.

-¿Qué pasa Juan?

Juan le mostró sus deportivas de marca, de estas que valen tanto dinero.

-Mira mamá, necesito otros zapatos, estos están muy viejos y sucios.

-Pero que dices Juan. Te los compré hace sólo tres meses. Se pueden limpiar y estarán como nuevos.

-¡Que no¡ Mira, aquí tiene un rasguño.

-Pero hijo, hay un líquido de color que es especial para zapatos y…

-¡Mamá, necesito unas deportivas nuevas, estas están pasadas de moda¡

La mamá de Juan suspiró.

-Juan, la semana pasada ya te compramos unos vaqueros que anunciaban por la tele y que me costaron un ojo de la cara y el mes que viene es tu cumpleaños.

-Para mi cumpleaños quiero la video consola nueva con tres o cuatro juegos. ¿No te acuerdas?

-Bueno, bueno, lo hablaré con tu padre.

Pero Juan sabía que su padre se lo consentía todo. Tenía poco tiempo para discutir media hora con su mujer y su hijo.

Por la noche, cuando llegó el papá de Juan, su mamá empezó a hablar de las deportivas con su marido. Pero el padre hizo un gesto con la mano como decir: “haced lo que queráis”

Juan, muy contento, cogió las deportivas “viejas” y las tiró a la basura.

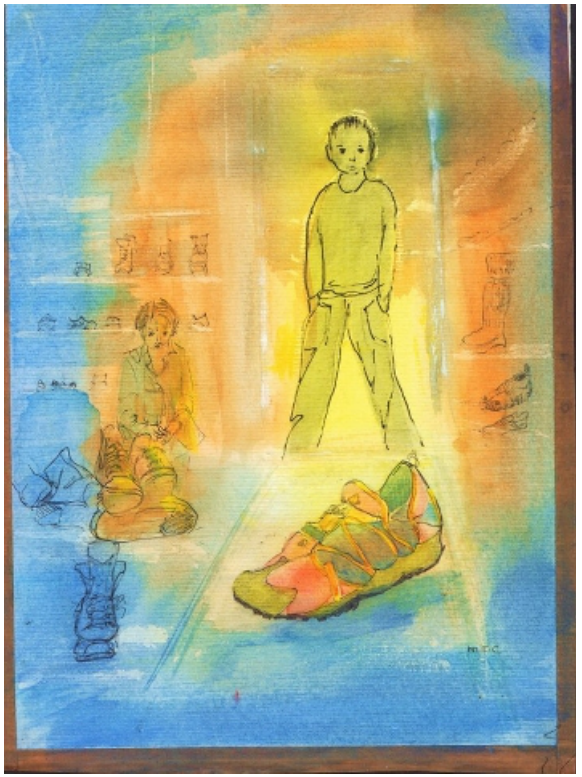
-¡Pero Juan¡ exclamó su madre, ¿Por qué las tiras? Si sólo tienen tres meses.

-¡Mamá, que más da¡ Si las hacen en una fábrica, de allí salen miles y miles deportivas como estas. No cuesta tanto fabricarlas. Y nosotros solo tenemos que ir a la tienda a comprarlas. ¡Muy fácil¡

La mamá de Juan suspiró de nuevo.

Al día siguiente se fueron a comprar las deportivas nuevas.

Juan se estaba concentrando para saber cuales escoger; si aquellas que en el anuncio llevaba aquél deportista tan famoso o aquellas en que parecía que volabas al ponértelas, cuando de repente escuchó una vocecita:



-¡Hola¡
Juan miró por todas partes. Era una vocecita muy fina, pero no vio a nadie. Se encogió de hombros y siguió con el calzado que tenía delante.
-¡Hola¡
Juan se impacientó.
-¡Pero bueno¡ ¿Quién eres? ¿Dónde estás?
-Estoy aquí.
De repente, del interior de unas deportivas, salió un pequeño duende.

Juan dio un salto hacia atrás del susto.
-¿Qué es esto?
El duendecillo se rió.
-Je, je, no te asustes. Yo soy Mumi, mucho gusto en conocerte Juan.
-¿Co-como sabes mi nombre? Tartamudeó Juan.
-Mira, porque me intereso por ti.
Juan se frotó varias veces los ojos, pero Mumi seguía allí. Quiso llamar a su madre, pero su mamá se había ido a comprar un vestido para su hermana pequeña.
-¿De dónde sales, que quieres?
-Quiero las deportivas que tiraste a la basura, contestó el duende muy decidido.
A Juan se le abrieron los ojos como platos.
-¿Cómo sabes que tiré mis zapatos a la basura?

-Uf, si supieses lo que se de ti…Pero bueno ¿me las darás o no?
-¿Para que las quieres? A ti no te caben.
-No son para mí, dijo el duende. Son para una amiga que tiene tu edad, vive muy lejos de aquí y no tiene dinero para comprarse unas deportivas.
-¿Y si no quiero dártelas? Preguntó Juan desafiante.
-Bueno, no sé por qué no; tú ya no las necesitas y te vas a comprar unas de nuevas.
Juan se lo estuvo pensando un rato y luego dijo:
-¿Y si me das algo a cambio?
Mumi sonrió.

-
Ah, quieres algo a cambio. Eres un listillo. Bien, pronto será tu cumpleaños. Te daré un regalo de cumpleaños y ese día tú mismo le darás los zapatos a mi amiga. ¿Qué te parece?
-¿Pero no dijiste que tu amiga vive muy lejos?
-No te preocupes. Tú saca las deportivas de la basura y yo te daré un regalo que jamás olvidarás.
-Será un regalo de marca, supongo.
-¿De marca? Si, si, vaya que si será de "marca". Bueno, me voy. Nos vemos en tu cumpleaños.
-Pero, ¿dónde, a que hora? ¿Sabes en que calle vivo?
Mumi le contestó con una sonrisa, se puso su sombrero de colorines y desapareció dentro de las deportivas.
Juan se quedó como paralizado mirando el zapato por dónde había salido y entrado tan misteriosamente el duende. No se había dado cuenta que su madre y su hermana se le habían acercado.
-Juan, dijo su madre. ¿Ya te has decidido?
-Si, si, ahora voy.
Juan, sin pensarlo dos veces, cogió el par de deportivas dentro de las cuales había desaparecido Mumi. No eran las que él hubiese escogido, ya que el color no era de su gusto ni tampoco era de la marca que él siempre compraba. Pero así, pensó Juan, tendría su regalo de cumpleaños asegurado. Miró dentro del zapato, pero no había nadie dentro.
Su madre se extrañó un poco de la decisión de su hijo, pero no dijo nada. Hoy el presupuesto no sería tan elevado.
Al llegar a casa, Juan preguntó a su madre:
-¿Has tirado la basura donde metí mis deportivas viejas?
-No, ahora iba a cerrar la bolsa. ¿Por qué?
Juan no contestó. Cogió la caja de las deportivas recién compradas, sacó las viejas de la basura, las limpió un poco con un paño húmedo y las colocó en la caja.
Su madre se lo quedó mirando boquiabierta.
-Y ahora, ¿qué haces?
-Nada, las quiero guardar, nunca se sabe.
"Que raro" pensó la madre. Pero no quiso indagar más. De todas maneras, su hijo siempre hacía lo que le daba la gana.
Pasaron los días. Juan esperaba impaciente el día de su cumpleaños. Al fin llegó. Sus papás le regalaron la video consola, tal como le habían prometido. Se organizó una gran fiesta con muchos niños, regalos y dulces.
Juan no se había puesto las deportivas nuevas, como su madre esperaba que hiciese. Las había guardado en su habitación junto a la caja con los zapatos viejos. De vez en cuando, con alguna u otra excusa, abandonaba la fiesta y entraba en su habitación. Pero el duendecillo no aparecía.
Cuando al fin todos los invitados se hubieron marchado, Juan, alegando dolor de cabeza, se encerró en su habitación. Empezó a llamar al duende:
-¡Eh, Mumi¡ ¿Dónde estás? Me prometiste un regalo.

Pero Mumi no daba señales de vida.
-Vaya, se dijo Juan, me parece que este enano me ha engañado.
Y después de meditar un rato, pensó:
"¿Y si todo ha sido una fantasía mía? ¿O un extraño sueño? Qué tonto he sido. Mañana tiraré las deportivas viejas y le diré a mamá que me compre otras, porque estas nuevas no me gustan nada.
Juan se olvidó del asunto y se puso a jugar con su video consola nueva.
Pero al cabo de un rato escuchó bien claramente la voz del duende.
-¡Hola¡
Juan se levantó y se precipitó hacia las deportivas nuevas. Pero allí no estaba.
-Hola, estoy aquí.
¡La voz venía de la pantalla del televisor¡
Ahí estaba Mumi: en el video juego esquivando los coches de carreras. De un salto salió del monitor a la mesa de Juan.
-Perdona el retraso, dijo, pero tenía mucho trabajo.
-Pensé que no existías o que ya no volverías.
El duende sonrió.
-Yo siempre cumplo con mis promesas. Y tú ¿has cumplido la tuya?
-Si, mira, aquí están los zapatos para tu amiga. Y ahora, ¿dónde está mi regalo?
-Aquí está tu gran regalo, dijo Mumi señalándose a si mismo y a las deportivas nuevas.
-No entiendo, no veo nada.
-Tu regalo es venirte conmigo de viaje.

Juan le miró muy enfadado y dijo:
-¿Estás de broma? ¿Un viaje? Yo no quiero ir de viaje. Quiero un regalo que se pueda ver y tocar, y poder presumir delante de mis amigo y compañeros de clase.
-¡Ah¡ exclamó Mumi, tu solo quieres algo para fardar delante de los demás. Pues me voy y te quedas sin nada. Me sabe mal por mi pequeña amiga que está esperando sus zapatos.
El duende se dispuso a entrar dentro de las deportivas nuevas de Juan.
-¡Espera¡ gritó Juan ¿A dónde es el viaje? ¿A Londres, a Nueva York, a Madrid? ¿Iremos en avión?
E l duende se rió.
-No, será una sorpresa. Es más divertido ¿no? Si quieres venir, tienes que darte prisa.
-Pero, ¿y mis padres? Tengo que pedirles permiso. Mañana hay cole.
-En un par de horitas estará de vuelta. Tus padres no se darán ni cuenta que te has ido. Ellos te verán en la cama y durmiendo.
Juan no entendía muy bien lo que le estaba diciendo el duende, pero de repente la idea del viaje le pareció muy emocionante.

-Coge la caja con los zapatos viejos, dame la mano y cierra los ojos, le ordenó el duende.
Con una mano, Juan cogió la caja de zapatos y con el índice y el pulgar de la otra mano agarró con sumo cuidado la pequeña mano del duende. Se dirigieron a las deportivas recién compradas y cerró los ojos. De repente todo empezó a girar y sintió como si entrase en un profundo sueño.
Cuando despertó, se encontró tirado en un suelo de piedras que le pinchaban la espalda. Mumi, el duendecillo, le contemplaba divertido sentado sobre su rodilla.
-Vamos, levántate. Tenemos trabajo que hacer.
-¿Trabajo? Qué dices. ¿Dónde está mi regalo de cumpleaños?
-¿No te he dicho que tu regalo es el viaje?
-Si, pero esto de trabajar no estaba en el plan.
Juan se levantó y siguió a Mumi.
Mientras caminaban, se fijó que estaban en medio de un bosque y hacía mucho calor.

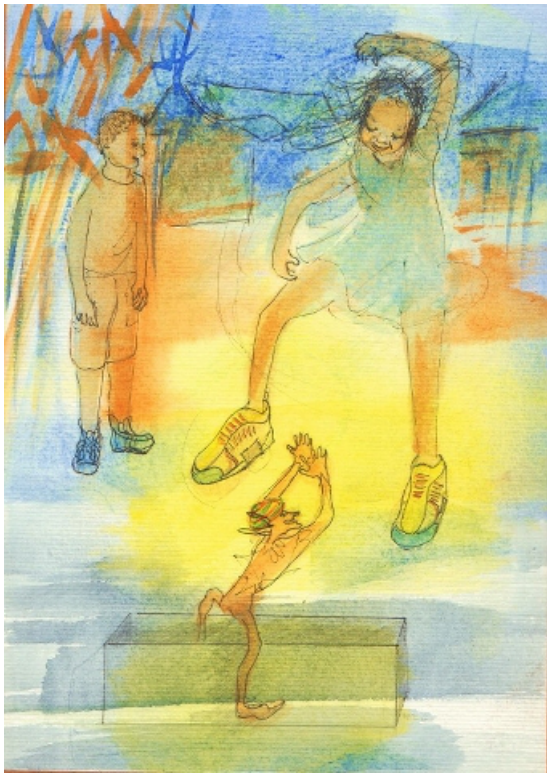
-¿Dónde estamos? Preguntó.
-En un país lejano de Asia. Ahora nos vamos a casa de mi amiga. Corre, está a punto de marcharse.
-¿Asia? Exclamó asombrado Juan. ¿Qué hacemos aquí?

Pero Mumi no le hizo caso y siguieron caminando hasta llegar a un pequeño pueblo formado por chozas hechas de barro y paja.
-Mira, ahí vive mi amiga. Hemos llegado a tiempo, todavía no se ha ido.

En la entrada de una de las cabañas, estaba sentada una niña de unos diez años. Iba descalza. Cuando vio al duende y a Juan que se acercaban, se levantó muy contenta.
-Hola Mumi, saludó alegre.
-Hola Iyod, le contestó el duende. Mira, te presento a Juan, un amigo mío que ha venido de muy lejos.

-Hola Juan, dijo la niña dándole dos besos.
Juan estaba todavía muy aturdido por todo lo que le había pasado. Quizás estuviese soñando, pero los besitos que le dio la niña asiática eran tan reales, que se sonrojó y se quedó sin palabras.
Mumi le dio un par de palmaditas en la mano y le susurró:
-Espabila hombre, salúdale y dale los zapatos.
-Ah si. Hola Iyod, te traigo un regalo. Estas deportivas son para ti.

Juan le entregó la caja de zapatos.
La niña se puso muy contenta. Enseguida se las probó. Le iban perfectas. Iyod se puso a dar saltos de alegría.
Juan estaba muy asombrado de ver a Iyod tan feliz por unas deportivas viejas y pasadas de moda. Y más se asombró cuando supo que la niña trabajaba ¡¡diez horas diarias en una fábrica de deportivas¡¡
-Pero, le preguntó, ¿Por qué no te compras los zapatos directamente de la fábrica? Te saldrían más baratos.
-No podemos, contestó la niña triste. Con nuestro sueldo no podemos permitirnos comprar zapatos. El sueldo apenas nos basta para comer.
Juan no se lo podía creer. No entendía nada. ¿Que clase de país era este? No podía ser, el duende le estaba engañando para que así fuese un niño bueno y generoso.
El duende parecía adivinarle los pensamientos, porque le contestó:
-Si que puede ser y no te estoy engañando. Este y muchos otros países utilizan a niños para trabajar en fábricas de zapatos, de ropa y de alimentación. Les pagan muy poquito y trabajan muchas horas en condiciones muy malas.
-Pero, ¿no vas a la escuela? Le preguntó Juan a Iyod.
-Fui hasta los nueve años y luego tuve que ponerme a trabajar.
-Bueno, pero eso de no ir al cole me parece guay.
Iyod le miró con ojos tristes.



-Pero a mi me gustaría más ir a la escuela y aprender muchas cosas. Sólo se escribir y leer. Pero hay niños, sobre todo niñas, que ni siquiera han aprendido a leer y a escribir. Pero ahora me tengo que dar prisa, no puedo llegar tarde al trabajo.
Juan estaba aturdido. Todo esto le venía muy de nuevo. Siempre se había pensado que todos vivían como él. Bueno, en realidad nunca se había parado a pensar en como era o como vivía el resto del mundo. Lo importante siempre había sido como estaba él mismo y como conseguir su máximo bienestar.
-¡Eh Juan¡ gritó Mumi trepando por su rodilla, chaval, vamos con Iyod.
El duende se acomodó en el hombro de Juan. Siguieron a la niña que corría hacia la fábrica de deportes. Tardaron una buena media hora en llegar. En la entrada se agolpaban muchos trabajadores, la mayoría niños y mujeres.

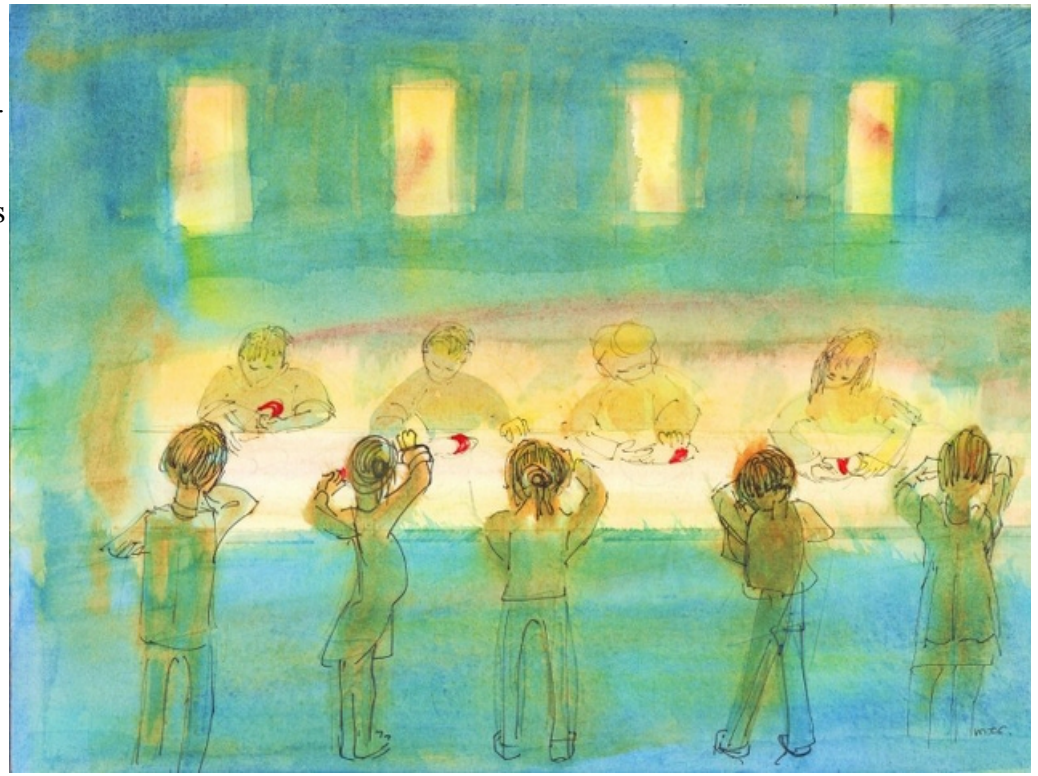
Unos encargados abrieron las puertas y con muy malos modales ordenaron entrar a los empleados, también a Iyod.
Juan se quedó mirando la escena desde una distancia prudente. Pero de repente un encargado vino hacia el y le cogió del brazo.
-Tu chico, que haces ahí parado, para dentro.
-Pero si yo no soy de aquí, protestó Juan.

Pero no le hicieron caso. El encargado se lo llevó hacia el interior de la fábrica y lo colocó al lado de unos chicos que pegaban suelas.
-¿Eres nuevo? Le preguntaron.
-Pues, no se…
Los niños se rieron. Y como vieron que Juan se quedaba sin hacer nada delante del montón de suelas que tenía sobre la mesa, le enseñaron como tenía que pegarlas.
-Mira, se hace así le explicaron.
Mumi seguía sobre el hombro de Juan y se destornillaba de risa.
-No te rías, musitó el chico. Vaya regalo de cumpleaños. Sácame de aquí.
Pero el duende como única contestación, bajó hacia uno de los bolsillos de Juan y se puso a roncar.
Así el niño mimado, que siempre lo quería todo de marca, se pasó el día pegando suelas en una fábrica. Sólo tuvieron media hora para comer.
Buscó a Iyod y la encontró con un grupo de chicas comiendo arroz con verduras y cuatro tiritas de pescado seco.
Juan no había comido nada en toda la mañana, se sentía hambriento y un poco perdido.
-Ven, le dijo Iyod, siéntate con nosotros.
-Pero no llevo comida, tengo que volver con mis padres, me esperan para comer.
Pensó en su casa dónde nunca faltaba de nada. La despensa y la nevera siempre estaban repletas de todo lo que uno podía imaginar. Y ahora esta sensación de no tener nada para llevarse a la boca y no estar en la cocina para poder abrir la nevera y pillar un yogur o unas galletas de chocolate de la despensa…era muy fuerte. Sentía ganas de llorar.
-No pasa nada, le dijo Iyod. Te daremos un poco de nuestra comida. Toma, aquí tienes medio coco vacío.
Las chicas le pusieron un para de cucharadas de la ración de cada una de ellas en su improvisado plato y se lo ofrecieron. Juan se sentía un tanto avergonzado. Poca comida que tenían y se lo daban a él.
Mumi, el duende, cuando sintió el olor de arroz cocido, se despertó y salió del bolsillo de la camisa de Juan y se colocó en el borde de su plato.
-Yo también tengo hambre, dijo.

Juan le dio una tirita de pescado para que se entretuviese un rato.
Después del trabajo te enseñaré mi casa y conocerás a mi familia dijo iyod.

Cuando sonó la sirena de la fábrica, Juan estaba agotado. Pensó que nunca había tenido un cumpleaños tan extraño y tan lejos de su familia. Hasta añoraba el colegio y a sus compañeros de clase. Se estaba mucho mejor que en aquella triste y fea fábrica. Tenía ganas de volver y así se lo comunicó a Mumi.
-Volveremos. Pero no podemos rechazar la oferta de mi pequeña amiga. Ya verás, te lo pasarás muy bien.
Se pusieron en camino. La niña dijo que tenía prisa, ya que ayudaba a su madre en los quehaceres de la casa o ayudaba a su padre a fabricar sandalias artesanales.

-¿Sandalias artesanales? Preguntó asombrado Juan.
-Si, claro. No nos basta el sueldo que yo llevo a casa. Mi papá no está bien de salud y no puede trabajar fuera. Mi madre tiene que cuidar a mis hermanos pequeños. Así mi padre se dedica a fabricar sandalias de cáñamo y de piel. Las vendemos a un señor que se los lleva a Estados Unidos o a Europa. Así podemos comprar las medicinas para mi padre y pagar la escuela de mis hermanos. Ya verás, son sandalias muy bonitas.
Pronto llegaron a dónde Juan "aterrizó" por primera vez, en el pueblo de Iyod. En una de las chozas vivía con sus padres y sus tres hermanos. El padre estaba sentado en el suelo delante de su casa confeccionando un par de sandalias. Realmente eran muy bonitas. La suela de piel con decoración de cáñamo y conchas de mar; otras llevaban tiras de colores y otras bonitos dibujos sobre la piel. Pero debía de llevar mucho trabajo.
-Uy, dijo Juan, debéis de ganar bien. Una vez vi unas sandalias parecidas en unos grandes almacenes y las vendían por cincuenta euros. ¿Cuánto os pagan a vosotros?
-¿Cincuenta euros? Preguntó el padre.
El duende hizo unos cálculos mentales muy rápidos y les dijo la cifra que correspondía a su país.
-Así, añadió Mumi, al papá de Iyod le compran el par de sandalias a 0'15 céntimos de euro.
-¡Qué barbaridad¡ exclamó Juan. No os pagan nada de nada. Pero, entonces, ¿Quién gana tanto? ¿La tienda que los vende?



-Por una parte si, explicó el duende. Pero todos los que intervienen entre la familia de Iyod y la tienda que vende sus sandalias, como por ejemplo el señor que viene aquí a comprarle al padre de Kane, ganan muchísimas veces más que los artesanos que se pasan horas trabajando con un par de sandalias o con una pieza de cerámica o con unos anillos de bisutería.
-Vaya, exclamó Juan. ¿Y por qué no pedís más dinero?
-Entonces ya no nos comprarían, irían a otros pueblos o ciudades dónde se lo venderían al precio que ellos quieren pagar.
-Esto es injusto dijo Juan. ¿Y si yo, por ejemplo, os comprase el par de sandalias a diez euros y lo vendo directamente a los grandes almacenes por quince o veinte? Ellos podrían sacar bastante benificio, yo también y vosotros ganaríais muchísimo más que ahora.
Mumi el duende sonrió tristemente.
-Los grandes almacenes no te lo comprarían nunca por este precio, Juan. Y desgraciadamente el comercio no funciona así. Muchas de las cosas que se venden en las tiendas y grandes almacenes de tu ciudad, están elaboradas y fabricadas en países pobres. El cacao que tu tomas por las mañanas, el café que beben tus papás, la ropa y los zapatos que tu llevas.
Juan se quedó muy pensativo. Pensó en el mísero sueldo que ganaban los niños de la fábrica, en los 0’15 céntimos que le daban por cada sandalia. ¿Se pasarían toda la vida así?
-Lo siento, murmuró Juan avergonzado. Y yo que iba a tirar mis deportivas que todavía estaban nuevas.

-Pero no las has tirado, rió alegre , me las has regalado a mí. Y te estoy muy agradecida.
-Pues eso tenemos que celebrarlo, exclamó la madre de Kane que, de repente había aparecido en la puerta rodeada de sus hijos más pequeños. No nos pongamos tristes, añadió. He hecho cena para todos. Venga, para dentro y sentaros.
Juan entró en la humilde casita de la familia de Iyod. Sólo tenía una habitación principal dónde todos dormían y comían. Pensó en su propia habitación que tenía para él solo, con su televisor, su ordenador, su d.vd. Pero aquella familia parecía tan feliz en estos momentos. Si él tuviese que perder todo lo que tenía y no se pudiese comprar ni unas tristes deportivas, se sentiría muy desgraciado.
-Come Juan, le dijo Kane. No pongas esa cara tan triste. ¿No te gusta la cena que ha hecho mamá?. Tenemos poquita cosa, pero mi madre, con poco, hace maravillas. Es la mejor cocinera del pueblo. Prueba esto.
La niña le ofreció un bollo frito de arroz con salsa de soja acompañado de algas envinagradas.
Juan sonrió. Estaba todo buenísimo. De repente le entró un apetito tremendo. Estaba asombrado de si mismo. Si su madre le hubiese puesto todo esto que ahora se estaba comiendo, habría protestado y pataleado hasta conseguir que le hiciesen una hamburguesa, un huevo frito o unas patatas fritas.
Durante la cena se lo pasaron muy bien. La familia de Iyod era tan agradable y tan hospitalaria, que Juan se olvidó de que, hacía solo un rato, había tenido ganas de volver a casa.
Pero cuando se empezó a hacer tarde, Mumi le recordó que tenían que volver a su habitación.

Cuando se despidieron, Juan tenía lágrimas en los ojos. Había sido un cumpleaños muy especial, y así se lo comunicó a Iyod y a su familia.
-¿Es tu cumpleaños? Exclamó Iyod.
-Si, cumplo diez años.
-Papá, dijo la niña dirigiéndose a su padre. Podíamos regalarle unas sandalias.
-Buena idea. Ve y trae unas de su número que están en aquella caja.
Iyod volvió con unas sandalias preciosas, totalmente hechas de piel y decoradas con unos finos dibujos.
Juan se los probó y se los dejó puestos.
-Muchas gracias, dijo y abrazó cariñosamente a toda la familia.
-Si pudiese, dijo, compraría todas vuestras sandalias a u n precio justo.
-¿Y que harías con tantas sandalias? Preguntó Iyod.
-Montaría una tienda y las vendería. Así ya no importaría que fueses a trabajar a la fábrica y podrías volver a la escuela.
Todos se quedaron un ratos callados, hasta que la voz fina del duende llenó la estancia como una pequeña campana.
-Nos tenemos que ir Juan. Adiós a todos y quizás hasta pronto.
-Adió, adiós. Volved cuando queráis, se despidió toda la familia.
El duende y Juan se adentraron en la noche oscura y cuando estuvieron en el lugar exacto dónde empezaron su aventura, se pararon y Juan cogió de nuevo la pequeñísima mano de Mumi entre su pulgar y su dedo índice y cerró los ojos.

-¿Estás preparado? Preguntó el duende.
-Si, contestó Juan, estoy preparado.

Se despertó en su cama como cada mañana. Su madre acababa de entrar en su habitación y le había llamado por su nombre.
-Juan despierta, son las siete y media.
Normalmente le costaba mucho obedecer a su madre, pero esta mañana abrió los ojos de par en para y se incorporó inmediatamente. Miró a su alrededor.
-¿Mumi? Llamó.
- Hijo, ¿Qué te pasa? ¿Qué buscas?, preguntó asustada su madre.
-¿He dormido aquí, mamá? ¿Toda la noche?
-Pero Juan, que preguntas más tontas que haces. Claro que has dormido aquí y toda la noche. Antes de irme a la cama, he entrado en tu habitación, estabas destapado y te he tapado. Te movías mucho.
-Vaya, exclamó Juan decepcionado. Bueno, déjame ahora mamá, tengo que vestirme.
Cuando su madre salió, se quedó muy pensativo. No entendía nada. ¿Todo había sido un sueño? Pero si ayer sacó sus deportivas de la basura. ¡Claro, las deportivas¡ Se levantó y miró en el lugar que habían

estado cuando las cogió para irse de viaje con el duende. Sobre la mesa estaban sus zapatos nuevos que todavía no había estrenado y por dónde había aparecido Mumi. Pero la caja con las deportivas viejas había desaparecido. Pero quizás estuviesen todavía en la basura. Corrió a la cocina dónde su madre le estaba preparando el desayuno.

-¡Mamá, mamá¡ ¿Dónde está la bolsa de basura en la que tiré mis deportivas?

-Pero Juan, si ayer las sacaste de la bolsa y las guardaste en la caja de los zapatos nuevos.

- ¿Ah si? ¿Lo hice de verdad? Preguntó Juan sonriendo.

-Claro, ¿Qué no te acuerdas?

Pero Juan ya estaba de vuelta en su habitación. Sus deportivas viejas ya no estaban.

-¡Bien¡ exclamó. Iyod tiene sus zapatos. Pero ¿y Mumi?

Miró dentro de sus deportivas, pero ni rastro del duende. Lo llamó un par de veces, pero no aparecía por ningún lado. Quizás no existiese ni el duende ni Iyod, ni un país tan pobre como el que había conocido en su sueño, ni niños que trabajan en fábricas de deportivas. Podría ser que hubiese tirado sus zapatos viejos por la ventana.

De repente se fijó en algo que había debajo de la cama. ¿Qué era? Pero claro, ¡las sandalias¡ Eran las sandalias que le habían regalado Iyod y sus padres. Con una inmensa alegría las cogió. Eran bien reales. Había pasado de verdad, no se lo había inventado ni había sido un sueño. Este país existía, Iyod también y los niños que trabajan en la fábrica y esas sandalias que venden a 0’15 céntimos. Y el pequeño duende. Recordaba todo lo que había pasado, no quería olvidar ningún detalle. Pero la voz de su madre le interrumpió.

-Juan, tienes el desayuno en la mesa, es tarde cariño.

-Ya voy mamá, ahora mismo estoy listo.

Juan guardó las sandalias. Se las pondría enseguida que hiciese un poco más de calor. No estaba acostumbrado a llevar esta clase de calzado. Incluso en verano seguía llevando deportivas como hacían todos sus amigos y compañeros de colegio. Pero este verano llevaría orgulloso sus sandalias de aquel país de Asia.

Antes de sentarse a desayunar, les dio un beso muy efusivo y cariñoso a sus padres que se lo quedaron mirando muy sorprendidos.

-¿Estás bien hijo? Le preguntaron los dos a la vez.

-Si papá y mamá, mejor que nunca. He aprendido muchas cosas esta noche. Ha sido el mejor cumpleaños de mi vida.

Los papás de Juan se miraron el uno al otro. No entendían muy bien lo que le estaba pasando a su hijo. Pero ahí no quedó la cosa. Juan empezó a tomarse los estudios muy en serio. Ya no quiso que le comprasen ropa y calzado de marca, ni se compraba tan a menudo ropa nueva. Se empezó a interesar por todo lo que pasaba a su alrededor y en el mundo entero. Leía los periódicos que traían al colegio, preguntaba a sus profesores por las situaciones que estaban viviendo los diferentes países del tercer mundo. Y ahí se dio cuenta que, familias como las de Iyod, existían muchísimas, incluso en peores condiciones. Se percató que el mundo está muy mal repartido. Que mientras unos tenían tantísimo, otros no tenían nada en absoluto.

Mientras que en los restaurantes tiraban la comida sobrante, familias enteras se morían de hambre. Y mientras que unos se llenaban los bolsillos de millones de euros sin prácticamente hacer nada, otros se pasaban horas y horas trabajando en malas condiciones por un sueldo que apenas les bastaba para sobrevivir.

Cuando Juan hubo acabado la carrera, ya tenía decidido lo que quería hacer. Empezó a viajar por diferentes países del tercer mundo, visitó a las familias que se dedicaban a la artesanía y a familias que cultivaban y elaboraban café, chocolate, galletas, té… Les compraba sus productos a un precio justo y les sacó de su extrema pobreza. Ya en su país natal, abrió una tienda con todo lo que había comprado. Incluso, más adelante, encontró a Iyod y a su familia y les compró todas las sandalias que tenían. Así fue como surgió un comercio totalmente diferente e intentó convencer a otras personas metidas en los negocios que hiciesen lo mismo que él.
Un día, cuando estaba en una tienda de su ciudad, se fijó que había un niño de unos nueve o diez años comprando con su madre. El niño protestaba, ya que quería comprarse unos pantalones vaqueros de marca que eran carísimos, pero su madre quería comprarle unos de más sencillos. Así iban discutiendo, hasta que la madre se hartó, le dijo que hiciese lo que le diese la gana y se fue a otra sección. Parecía un niño de estos tan mimados como había sido él a esa edad. Juan sonrió.
De repente escuchó una vocecita que le sonaba un montón. El corazón le dio un vuelco.
-¡Hola¡

No podía ser. ¡Era el duende, estaba seguro¡ Miró en la estantería a ver si el duende le saldría de dentro de los gorros de lana que estaba mirando. Pero no había nada.
-¡Hola¡, sonó de nuevo.
La voz venía del lugar dónde estaba el niño de los pantalones. Con asombro vio que el gorrito de colorines que siempre llevaba Mumi, asomaba de dentro de un bolsillo de los vaqueros que el niño, precisamente, no quería comprar. El niño se había asustado y ahora estaba hablando con el duende. Juan esperó a ver que pasaba. Después de un rato apareció la madre y el niño, sin pensárselo dos veces, agarró el pantalón vaquero, del cual había salido el duende, y se fueron hacia la caja a pagar. Juan sonrió feliz. Todavía estuvo a tiempo de ver como de uno de los bolsillos salía una manita con un gorrito de colorines que le decía adiós.

Si te ha gustado este cuento, agradeceríamos una pequeña donación, para que así podamos elaborar más cuentos: www.digiboeken.org
KNAB: NL96 KNAB 0736 2884 14 BIC: KNABNL2H
Copyrights: Asja Olga Schalekamp 2011-2015 y digiboeken.org

Para niños y niñas de 6 años. Escrito por Asja Olga Schalekamp con ilustraciones de Muriel Ten Cate. Hay más cuentos de Asja Schalekamp.
Copyright: Asja Schalekamp 2011 y digiboeken.org/paraplu producties, info@digiboeken.org
Copyrights Junio 2011: Texto: Asja Olga Schalekamp. descargas y compras: WWW.digiboeken.org/P.P.

Páginas: 14